

# Biografía del Excmo. P. Fray Martín de León y Cárdenas (Arzobispo de Palermo)

POR

ANDRÉS LLORDÉN, O. S. A. (\*)

## CAPITULO XIII

### **Prueba de amor**

En el encendido y nativo amor que tenía a la villa que le vio nacer, no podía estar oculto en su alma tan generosa, y para perpetuarle su gratitud envió a Archidona, su patria y dichosa cuna, otra custodia que fue la admiración y asombro de sus habitantes, santamente orgullosos de tener un hijo tan ilustre, honra de una nación, cuanto más de una ciudad. No contento con esto, donó igualmente otros ricos ornamentos de terno y casullas de rica tela, con que enriqueció el lugar de su nacimiento, demostrando su amor a Dios, embelleciendo su iglesia, y a sus paisanos donándoles tan ricas prendas.

No sería tal vez esta la primera donación que hizo a su patria chica, quien tan liberalmente derramaba a manos llenas los tesoros de su caridad inagotable en las iglesias de su gobierno, aunque alejadas de España, pero sabemos que no fue la última, aunque sus lacónicos biografos no las señalen, pues hemos tenido la suerte de

---

(\*) Véase «ARCHIVO AGUSTINIANO», enero-abril (1958) págs. 27-51.

encontrar otras que confirman lo precedente, sin que esto quiera decir no hiciera muchas más, que aún quedan ocultas en los fondos de archivos y bibliotecas, tanto propios como extraños, en espera del curioso y diligente historiador, que las saque a la luz pública, para gloria de su nombre.

### Otras donaciones

En nuestras modestas investigaciones realizadas en el Archivo de Protocolos Notariales de Sevilla, hallamos una interesante escritura, que ilustra todavía este punto de la vida apostólica del Ilmo. y Rvmo. P. Martín de León y Cárdenas. Ella nos revela que, viviendo aún el Arzobispo agustino, había fundado en la Parroquia de Santa Ana de la Villa de Archidona una Capellanía muy bien dotada, sobre la cual en 1709 hubo pleito entre los opositores a ella, por lo que el P. Mtro. Francisco de Espinosa, prior del convento de San Agustín de Sevilla, da su poder y licencia con fecha 14 de febrero al P. Alonso de Castro y Cárdenas, pariente muy próximo del fundador y religioso agustino, conventual también en Sevilla, para que éste defienda sus propios derechos a tal institución, en el pleito suscitado de opositores a la Capellanía, por el auto de apelación que dio el Sr. Provisor de la ciudad de Málaga, que se llevó ante el Sr. Provisor del Arzobispo de Sevilla (1).

Otro rasgo de su munificencia fue el haber enviado 200 fanegas de trigo el año de 1653, que fue de gran escasez y por eso su precio muy elevado, al Convento de la Concepción de la ciudad de Antequera, de monjas agustinas, donde él tenía una sobrina religiosa, hija de su hermano D. Francisco de León y Cárdenas, llamada Plácida de León, que era a la sazón priora de la casa, a cu-

(1) Así consta en la citada escritura dada en Sevilla a 14 de febrero de 1709. Archivo de Protocolos. Oficio 18. Escrib. de Bernardo José Ortiz.

yas expensas se celebraron con inusitado esplendor las honras fúnebres en dicho convento, ante numeroso concurso de personas doctas y eminentes por su ciencia y virtud, para testimoniar con su presencia el sentimiento producido en sus almas por la muerte de tan ilustre compatriota. Después del desembolso efectuado, el trigo no llegó a su destino, porque las barcas que lo transportaban, fueron sorprendidas, a pesar de la vigilancia, y apresadas por las galeras de los piratas turcos, que infestaban el Mediterráneo, pero la generosa voluntad del Arzobispo queda de manifiesto una vez más.

Dejemos a un lado este capítulo de la caridad, en que brilló a tanta altura, para exponer su poderosa intervención espiritual y material en las alteraciones subversivas, producidas en los Estados de Italia, que tan directamente le afectaron.

Hay muchas formas y múltiples maneras de ejercitar la caridad para con el prójimo, y los sucesos narrados en los tres capítulos siguientes, testifican con evidencia suma hasta dónde llegó lo inaudito de su celo ferviente, tanto más de alabarse, cuanto fueron mayores las dificultades vencidas, exponiendo en ellas su propia persona y lo que es más, su vida, que estuvo a punto de perder para siempre, si no se hubiera obrado el milagro patente, que en su lugar expondremos con detalle.

## CAPITULO XIV

### **Guerra de Nápoles**

Los hechos luctuosos que vamos a exponer tuvieron gran resonancia y en ellos tuvo también parte muy activa el ilustre agustino, cuando era Obispo de Puzol, gozando a la sazón del título de Capitán General de la plaza.

El espíritu de rebeldía que se inició en Cataluña y Portugal en 1640, durante el reinado de Felipe IV, trascendió a los territorios sometidos o unidos a España, y hubo levantamientos, tumultos y conspiraciones en casi todos ellos.

El descontento se hizo general y más o menos todos se sublevaron, amparados y protegidos por Mazarino, Ministro del Rey de Francia Luis XIII, poco afecto a España, mejor diríamos, enemigo declarado e irreconciliable de la hegemonía de la Casa de Austria.

Excluyendo aquellos territorios o estados que no tienen relación alguna con la biografía del Ilmo. P. Martín de León y Cárdenas, apuntaremos que en 1646, Sicilia, cuyo Virrey era el Marqués de los Vélez, se sublevó. Al frente del tumulto se puso el triste calderero José Alesio, que obligó al Virrey a refugiarse en las galeras. Este pacto con los rebeldes y tuvo que abolir los impuestos, motivo inmediato, aunque aparente, de las querellas, pero, dominados al fin, fueron castigados los cabecillas.

Mayor importancia tuvo la sublevación del Reino de Nápoles en 1647, debida a la impopularidad del Virrey el Duque de Arcos, y alentada por Francia.

El Duque de Rivas consagra a estas guerras un *Estudio histórico*, perfecto y acabado, que se lee con tanto gusto como la más sugestiva novela, donde derrocha las cualidades expositivas de historiador y el arte literario de su talento poético. Leído con detención, cautiva por su lozanía y brillantez artístico-literaria, pero notamos en él la omisión, sin duda involuntaria, de la activa intervención del Obispo de Puzol, el insigne religioso agustino, objeto de estas líneas, que también ocultan los historiadores de aquellas luchas, probablemente por ignorar su eficaz actuación.

En resumen, para que el lector pueda apreciar el alcance de la guerra y justipreciar al mismo tiempo el apoyo eficacísimo prestado por nuestro obispo, diremos que los

revoltosos mandados por el pescador Tomás Aniello, *Masaniello*, natural de Amalfi, se apoderaron y fueron dueños de la ciudad de Nápoles hasta la llegada, tres meses después, de una formidable escuadra que mandaba don Juan José de Austria.

El Virrey pudo huir, refugiándose en la fortaleza de Castelnuovo, desde donde pactó con los sublevados, quizá para evitar los sensibles riesgos a que estaba expuesto él y su familia, o bien para desarticular la rebelión, conociendo mejor sus secretos.

Masaniello, ricamente ataviado, se presentó ante el Virrey y ambos juraron los fueros y privilegios de la ciudad. El vanidoso pescador se hizo impopular hasta el extremo que un grupo de compatriotas, a quienes tiranizó, puso fin a su vida con el asesinato.

Para encauzar a las turbas se puso al frente de ellas el Marqués de Toralto, pero fue asesinado también, culpándosele de traidor. Entonces tomó su mando el armero Genaro Anese y se declararon independientes. A fines del año 1647 fondeó en el puerto de Nápoles la escuadra mandada por don Juan José de Austria, que cañoneó la ciudad sin lograr rendirla.

La insurrección se extendió y parte de la nobleza llamó al Duque de Guisa, Enrique de Lorena, heredero de los pretendidos derechos al Reino de Nápoles de la Casa de Anjou, el cual partió de Roma a fines de noviembre y se ofreció a ser el jefe de los territorios napolitanos, pero la escuadra francesa, que merodeaba por aquellos mares, de quien esperaba ayuda, por recelar de su encubrimiento, no se la prestó.

Al fin don Juan José de Austria, logró dominar la situación y apoderarse en febrero de 1648 de Nápoles, cayendo prisionero poco después el Duque de Guisa, quien fue enviado a España. El Conde de Oñate, embajador en Roma, en sustitución del Duque de Arcos, fue nombrado Virrey; presos y ejecutados los caudillos rebeldes, quedó

restablecido el dominio de España en todo el reino, que se sometió rápidamente.

Con más o menos extensión, así narran los historiadores estas guerras cruentas, sin que se cite ni aún el nombre de nuestro biografiado (1).

## CAPITULO XV

### **Intervención del Obispo Agustino**

Veamos ahora su intervención. En medio de esta profunda agitación no permaneció indiferente el Obispo de Puzol, ni tampoco inactivo, pues si supo cumplir su deber como Obispo, también cumplió como español, defendiendo con valentía y patriotismo los intereses sagrados de la madre patria. Era Obispo de la iglesia; pero llegado el caso supo defender como buen Capitán el territorio encomendado a su cuidado. Por eso en las alteraciones de Nápoles, ya expuestas, que duraron 11 meses, socorrió con todo lo necesario, dinero, alimentos, etc., a los vecinos de Puzol, los cuales amedrentados se habían retirado a las iglesias, castillos y otros lugares de resistencia y casas de sólida y fuerte construcción por librarse de la invasión de los foragidos rebelados y en su servicio gastó no sólo su renta y plata, sino que se empeñó en 18.000 ducados.

### **Su actividad**

Con la ayuda prestada a la defensa de Puzol y la cuantiosa suma invertida, tenía razones sobradas para

---

(1) A. Saavedra, Duque de Rivas. Sublevación de Nápoles. Estudio histórico, 1881. Manual de Historia de España, por Pedro Aguado Bleye, 1931. España bajo los Asturias.—Editorial Labor, S. A. (1935). Historia de España, por D. Antonio Ballesteros.

que todos pusieran en su persona las más firmes esperanzas y no los defraudó ciertamente, antes bien colmó los deseos, aun de los más exigentes, pues desde Puzol acudió también al socorro de Nápoles, que se hallaba en trances muy duros y graves, con personas equipadas a su costa, gran cantidad de víveres, abundantes municiones *«asistiendo a todos con tanta puntualidad y tan a tiempo que sus socorros y aciertos —son palabras de don Juan José de Austria— eran tan saludables e infundían tanto ánimo, que parecían milagrosos»*.

No por atender estas ocupaciones que la patria exigía y el deber le demandaba, dejaba de cumplir aquellas otras de su oficio, como Pastor y Prelado, antes bien las conjugaba y armonizaba entre sí con tanta exactitud, que el cumplimiento de éstas, infundía en su ánimo mayor fuerza para practicar aquellas.

### Testimonios elocuentes

Aun más, como ostentaba el honroso y distinguido cargo de Capitán con el título de General en Puzol, tuvo que defender esta plaza, y lo hizo con valentía y denuedo, oponiéndose resueltamente al Duque de Guisa, el cual por la importancia del puerto de Bahía (1) excelente rada y buen castillo, fue Puzol la parte a donde acudió con más y mayores fuerzas, pero también donde halló más gallarda resistencia por parte de nuestro Obispo, como expresó en carta particular a Su Majestad el Rey Felipe IV don Juan José de Austria en 30 de junio de 1648 (2).

Consta también por otros documentos y cartas de los Virreyes, y asimismo por una del Rey, con fecha del día

(1) Esta ciudad, cercana a Puzol, participa de sus hermosos panoramas. En las proximidades de sus playas construyeron los romanos quintas de recreo, baños, palacios y templos, de los que aun se conservan algunos vestigios. Los historiadores afirman que en esta población falleció el Emperador español Adriano y en ella se formó el célebre triunvirato de César, Pompeyo y Craso.

(2) Estas cartas que con todo interés hemos buscado en la Biblioteca Nacional, no han aparecido. Tomamos las notas de la *Oración Panegírica* del citado D. Fernando Rodríguez de Medina.

24 de julio del citado año, la parte activa que tuvo en la pacificación de la revuelta, los medios que empleó, los sacrificios que se impuso, los gastos y dispendios que realizó, por todo lo cual le dan las gracias con grandísima estimación y real agradecimiento, y es un hecho perfectamente comprobado, que la pacificación de todo el reino se debió en gran parte a la asistencia, valor y socorros y ejemplo de este Prelado y al amor que todos le tenían.

En vista de todo lo expuesto, que sabía y conocía con todo detalle el P. Francisco de León (1), pudo exclamar: «Es sabio V. E., pues de ahí nacen sus aciertos, es prudente en disimular las ofensas, es religioso sin reprensión, tiene piadosas entrañas para los afligidos, es liberal para las cuitas de todos los que a las puertas de V. E. llegan necesitados, y es atento y cuerdo a toda política cristiana.

Bien notorio es lo que España debe a V. E. por su asistencia en Puzol, cuando las revoluciones de Nápoles, pues haciendo el oficio entonces de Capitán General, conservó prudente, atendió cuidadoso a los de Puzol, para que no se alterasen contra la Magestad de Felipe IV, haciendo excesivos gastos en esta ocasión, quedando pobrísimos, para que se aquietasen los ánimos; aquí resistió la prudencia y valor de V. E. a las fuerzas de Francia, que, paseando el mar circunvecino de Puzol y de Nápoles, pretendían introducirse en el Reino y apoderarse de él».

Debemos hacer constar, que a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo evitar que dentro de la ciudad de Puzol, hubiese algunos intentos de subversión y rebeldía, por lo que sus cuidados tuvieron forzosamente que multiplicarse.

---

(1) Obra citada.

## CAPITULO XVI

**Dificultades**

Su conducta irreprochable fue un freno que calmó los ímpetus de la mayoría, pero, como ocurre siempre, hubo algunos insolentes plebeyos, forajidos por naturaleza, que internados ocultamente en la ciudad, pretendieron sublevarla, quizá esperanzados de conseguir, a río revuelto, ciertas ganancias incalificables, reos tal vez ante la justicia como delincuentes, pagados acaso por el dinero vil del enemigo, con el propósito de efectuar por medio de estos instrumentos malévolos, lo que ellos no podían alcanzar, por el valor, habilidad y resistencia desplegadas en todo momento por el Obispo agustino.

Al ver fracasados sus intentos, meditaron un plan diabólico en las tinieblas que los ocultaban en sus antros nocturnos, y decididos a todo, como mal aconsejados por el espíritu que inspira a todos los de su oficio y profesión, intentaron por tres veces consecutivas asaltar el Castillo que gobernaba con tason, y defendía con espíritu valeroso, con tanta sabiduría como prudencia, el insigne Obispo de Puzol.

Aquellos malvados, como no podían conseguir sus perversos intentos, prorrumpieron en infernales alaridos y amenazaban con poner fuego al Castillo y reducir la ciudad a escombros por idéntico procedimiento, si no les entregaban la persona del Obispo, convencidos de que su presencia sería siempre un obstáculo insuperable para la consecución de sus bajos y degradantes propósitos.

**¡¡El milagro!!**

Con toda la entereza de su alma el sabio y prudente Obispo, para evitar mayores males y la catástrofe tan temida de incendiar la ciudad, cuantas veces vociferaban los revoltosos pidiendo su entrega, otras tantas se ofreció gustoso, empuñando el Santo Crucifijo en su mano diestra,

aun para que le quitasen la vida, si era preciso, a condición de que respetasen la de su pueblo. Al fin, con su permiso y licencia, penetraron en su habitación para intentar un acuerdo, y, ¡caso milagroso!, nos lo refiere el ya citado don Fernando Rodríguez, uno de ellos, tan atrevido como desvergonzado, acercándose a su sagrada persona, le aprehendió brutalmente, y lleno de rabia, por el cerquillo del cabello y al instante aplicó el cuchillo a su garganta, para quitarle la vida de un tajo, pero su brazo criminal quedó yerto y sin fuerza para tan infame ejecución, por lo que despechado al ver tan extraordinariamente impedida su vil acción, arrojó al suelo con furiosa rabia el afilado cuchillo que le servía de instrumento para sus designios perversos. ¡¡La Divina Providencia velaba por él visiblemente!!

Otro de aquellos malvados, pareciéndole haber sido falta de valor y de ánimo en el primero, toma el arma del suelo en que yacía, y con insensata resolución, como espoleado por el espíritu maligno, se aproxima a la venerable persona del piadoso y valerosísimo obispo, para ejecutar sus viles propósitos.

Nuevamente interviene la gracia de lo alto, que impide la consumación de tan execrable crimen, retirándose avergonzado de su infamia.

Llega finalmente un tercero de los conjurados, empuñando en su mano diestra afilado alfanje metido en su funda, con ánimo decidido de perpetrar el alevoso crimen, que no pudieron realizar sus compañeros de perversión, porque la Providencia divina detuvo el golpe fatal.

Con toda la furia criminal, patentizada en su rostro vengativo y en sus ojos desencajados de sus órbitas por la ira, en furioso movimiento sacó resuelto la mortífera arma de su vaina y se dispuso a cortar de un tajo su venerable cabeza, pero al llegar el maligno alfanje a la garganta del imperturbable obispo, se volvió todo de cuenta o contrafilo y no cortó, frustrándose así su destino y lo-

cura, porque de nuevo había intervenido la Providencia que embotó el instrumento manejado con tanta vileza.

Después de este prodigioso suceso, o mejor dicho, esta serie de sucesos prodigiosos, todos los forajidos y leales, a la vista de tan maravilloso y sorprendente espectáculo, unos y otros le aclamaron por santo derramando copiosas lágrimas de compunción y arrepentimiento aquéllos, y éstos de amorosa ternura hacia el pastor que daba su vida por sus ovejas, para que éstas no perdieran la suya.

No es exagerada ponderación del relato histórico, pues hubo muchos testigos presentes y uno muy fidedigno y de vista, que se halló a todo muy cerca, lo refiere.

### **Heroica actitud del Prelado**

La noble y heroica actitud adoptada por el santo obispo, no pudo ser más gallarda y digna a la vez, como correspondía a un discípulo aventajado de Jesucristo. Calla y espera, y en aquel silencio profundo, cuando todos esperaban acaso la recriminación más austera, sólo abre su boca para perdonar de corazón la iniquidad de aquellos insolentes plebeyos, y penetrando en el retiro apacible de la capilla de su Palacio, con amorosas y tiernas lágrimas de gratitud fervorosa, postrado de hinojos, dio rendidas gracias a Dios, que visiblemente había conservado su preciosa vida, sin permitir que le fuera arrebatada por mano de sus enemigos, y acto seguido repitió una vez más el ofrecimiento generoso de dar su vida y derramar su sangre, si era preciso, para la salud espiritual de su pueblo.

La piadosa ofrenda, si no fue sellada después por el derramamiento de su sangre, fue sin embargo fructífera y copiosa en santos efectos, porque renovó con mayor intensidad sus propósitos nobilísimos, haciendo en su vida posterior la entrega completa y perfecta de sus actos a los designios de la Providencia. Dios, benigno y miseri-

cordioso, que no se deja ganar en liberalidad, recompensó sus desvelos elevando su persona a la dignidad superior de Arzobispo en la ciudad de Palermo, que gobernó con tan plausible acierto, como su diócesis precedente de Puzol, en la que cosechó lauros inmarcesibles de gloria y de virtud, donde fue modelo viviente y ejemplar singularísimo en el cumplimiento de su cargo pastoral y cuya memoria perdura en los anales del episcopologio Puzolano y Panormitano con caracteres de bien conquistada perpetuidad.

Después de la quietud de las cosas y pacificados todos los estados del Reino de Nápoles, «no se esperaba menos que un capelo para V. E. —exclama lleno de profunda veneración el P. Francisco de León— pues otra dádiva parecía no se ajustaba a los méritos de V. E. Lo que en esto discurro es que muchos pueden conseguir la púrpura sin demasiados méritos, pero haber llegado a la gloria que V. E. sin soberanas prendas, ninguno en las edades».

## CAPITULO XVII

### **Su glorificación en vida**

Pero hay un hecho tan significativo en la vida gloriosa de esta figura cumbre, que no es posible pasar por alto, porque es una de las pruebas más elocuentes de sus méritos y el reconocimiento público de admiración, expresado plásticamente en un magnífico monumento que perpetúa a través de los siglos la memoria venerable de su nombre.

Testimonio fidedigno de esta verdad es la majestuosa estatua que la ciudad de Puzol, erigió a su inolvidable Obispo, sobre rica y ancha basa, en agradecimiento de haber libertado aquel país de los riesgos de Francia, en

los momentos críticos de las guerras de Nápoles. Allí para perpetua memoria de sus heroicas y memorables acciones, en medio de aquella Plaza dilatada, está el ilustre y gran hijo de San Agustín, investido con las insignias episcopales; en la mano siniestra un bastón por Capitán General y en la diestra un corazón en significación de su inquebrantable lealtad, en la defensa de los intereses religiosos y patrióticos. Por su parte, don Fernando Rodríguez de Medina, al hacer mención de esta distinción honorífica, en su Oración Fúnebre, con que la ciudad quiso pagar aun en vida, los importantísimos servicios prestados con tanta caridad como desprendimiento por el glorioso agustino en la pacificación del Reino napolitano y particularmente la de su sede puzolana, dice, en un arranque de admiración: «Luego que pasó a Palermo de Arzobispo, en reinos tan extraños y un español, por aclamación común, sobre magnífica basa y columna de ricos y lustrosos mármoles, en medio de la Plaza Mayor de Puzol, erigieron a su memoria una estatua de bronce, lucidamente costosísima, con insignias militares y las pontificias, vestido con el hábito de la Religión Agustiniiana y las insignias de Obispo, con un bastón de General en su mano izquierda y un corazón en la diestra, en memoria y reconocimiento de haber sido su padre, pastor, libertador y capitán, y escritos por todas cuatro partes de la basa y pie de la columna tan elegantes como merecidos elogios de todas virtudes y triunfos»; y añade el P. Francisco de León, que el haber llegado un religioso a tanta altura, que en vida se le haya erigido una estatua, constituye su mayor gloria, que es honra particular de una religión, cuando no tuviese de qué echar mano para triunfar de gloriosa.

### **En Palermo**

Ya dejamos indicado que en 1649 fue nombrado Arzobispo de la ciudad de Palermo (Sicilia) sin duda como

recompensa a sus múltiples sacrificios y en premio de sus tan bellas y memorables hazañas en donde, así en lo civil como en lo eclesiástico renovó sus anteriores proezas, principalmente su munificencia para con los pobres y su celo por el decoro de la Casa del Señor, compitiendo con los más ilustres prelados que esta iglesia ha tenido y hermosteó el templo con nuevos primores.

El historiador agustino P. Tomás de Herrera, afirma que fue nombrado Arzobispo de Palermo en 1649, pero las notas entresacadas de la obra del P. Amado, anteriormente citada, nos ofrecen otros pormenores, que gustosos transcribimos, aunque no coincidan y rectifiquen más bien los datos del P. Herrera, pero aclaran, quizá con más seguridad histórica, su elevación a la silla panormitana.

Refiere que fue elegido Arzobispo de Palermo el 27 de agosto de 1650, que recibió el día 11 de octubre de este año el palio arzobispal de mano de don Marco Antonio Gussio, obispo de Cefalú en la Casa Madre de Términi Imerese, e hizo su entrada triunfal en la capital siciliana el 15 de octubre de 1650.

Añade todavía que en su palacio arzobispal, llamado de Baída, realizó nuevas e importantísimas obras, hizo algunas habitaciones, amplió las galerías y modificó otras muchas cosas hasta dejar todas sus dependencias perfectamente hermosteadas y útiles, en memoria de lo cual dejó allí empotrada en la pared una sencilla lápida con el siguiente epígrafe latino:

FR. D. MARTINUS DE LEON ET CARDENAS  
 ARCHIEP. PAN. PRÆSIDENS ET  
 CAPITANEUS GENERALIS  
 ANNO MDCLI

(Fr. D. Martín de León y Cárdenas,  
 Arzobispo de Palermo, Presidente y Capitán General.  
 Año 1651.)

En Palermo, capital y corte de Sicilia, fijó su sede en

1650. Es ciudad rica y abundante en vid, olivos y naranjos. Tiene gran puerto, activo comercio, amplia y grandiosa catedral, espléndidos palacios e importantes Museos de Arqueología y Pintura. A uno de los lados de la gran plaza de la Victoria se halla el Palacio Arzobispal donde pasó el Ilmo. P. Martín de León y Cárdenas los últimos años de su vida apostólica.

El marco admirable que la Providencia le deparaba, no podía ser más adecuado, ni estar mejor dispuesto para el desarrollo de su actividad pastoral y para su labor evangélica.

Así que en esta ciudad populosa, propicia como todas las de su categoría a la más extremada pobreza, emprendió, mejor dicho, reanudó con nuevos bríos y sin desmayos su acción social, a pesar de las gravísimas preocupaciones que pesaban diariamente sobre él en el orden político, por ostentar cargo de tanta responsabilidad, como era el de Capitán General, pero no por eso desatendió en un punto el cuidado espiritual de su fieles, que absorbía principalmente sus desvelos de celoso Pastor.

Ya conocemos su vida ejemplar precedente y no es preciso entretenernos en anotar otros pormenores de la que practicó en su Arzobispado de Palermo, pues queda en parte descrita. Toda ella fue una entrega completa, y esto lo dice todo, al servicio de Dios y del prójimo.

## CAPITULO XVIII

### **Recapitulación**

No obstante lo dicho, queremos anotar tan sólo, que tan gustosa y ajustada le vino hasta su muerte la Santa Regla profesada desde su juventud, que tuvo *por naturaleza* el hábito negro que vistió en su profesión, el cual le

señalaba el espíritu diario de mortificación, y *por carácter* la Correa que ceñía su cuerpo, signo distintivo de la elevación de sus pensamientos, de la pureza de sus intenciones y de la conducta inmaculada de sus actos.

En tantos y tan eminentes puestos, que hasta su tiempo ningún otro arzobispo había alcanzado, vistió siempre el hábito agustino, de paño tan común y ordinario, como si fuera el más humilde religioso, y con la misma observancia que cuando estaba de novicio y conventual en la casa de Sevilla.

Su aposento fue siempre tan modesto y desprovisto de superfluidades, que simplemente llevaba el nombre monacal de celda, pareciéndose más a la de un religioso particular que a la de una persona de su dignidad y méritos. Nunca permitió que se le diese otro nombre, absteniéndose todos de llamarla cámara o recámara, sala o antesala del Virrey y Arzobispo, sino que unos y otros, y él el primero, la intitulaban con el vulgar y común nombre de celda.

De su mesa y cubierto, puede afirmarse otro tanto, pues era tan parco en las viandas que sus servidores le ofrecían, tan moderado y mortificado, que su refección era frugal en extremo y aun sobraba para alimento de los pobres e indigentes, entre quienes repartía con desmedida liberalidad, lo que tal vez en muchas ocasiones él mismo necesitara.

Por eso exclama enardecido uno de los panegiristas de sus honras fúnebres: «¡Oh, qué sin razón de muerte para ser de todos universalmente sentida por tanta virtud e importancia, digna de verse por muchos siglos eternizada, especialmente por las obras grandiosas que executó de valeroso Capitán, de celosísimo Prelado, de prudentísimo y valiente Católico y finalmente de sumamente caritativo y limosnero, pues lo fue en grado superior, ya en el adorno y aumento de las iglesias, ya en el alimento y remedio de los pobres!»

Este género de vida, pública y privada, tanto en Puzol como en Palermo, podrá sin duda explicar con toda claridad al lector, la virtud de nuestro Prelado e ilustre hijo de la villa de Archidona, así como el origen de tan cuantiosos recursos pecuniarios, para atender en la forma expresada las necesidades de sus iglesias y de sus fieles en especial a los desvalidos, a quienes la fortuna negó las comodidades más elementales para su sustento.

### **Lágrimas de amor**

Porque si es cierto que la mitra gozaba de buenas rentas también lo es que, gracias a la prudente y cautelosa administración de nuestro Arzobispo, a su celo de Pastor, a su caridad inagotable, a su espíritu mortificado y a su rectitud moral, producían el ciento por uno en sus manos cuidadosas y en su corazón de Padre. Por eso al despedirse de su iglesia de Puzol, de partida para la ciudad de Palermo, el pueblo se apresuró a congregarse ante el Palacio Episcopal, para impedir su marcha, si pudiera, pues tanto era el amor sincero que le tenían. En la imposibilidad de retener a su lado a su dignísimo Pastor corrían como alocados por calles y plazas, sin saber qué hacer, cargados sus ojos de lágrimas fervientes, y exclamando sin cesar, especialmente los pobres: ¿Cómo hemos ya de vivir y cómo no hemos de llorar amargamente si nos deja y se va Monseñor?

Llegó a ser este sentimiento tan vehemente, que cuando partió, según afirmación de uno de sus biógrafos, no quedó criatura en Puzol, que llorando desconsolada, no siguiese en su cortejo y compañía hasta la nave que había de conducir en la travesía al glorioso agustino a su nueva sede arzobispal, y muchos, que es aún mayor argumento probatorio de su profundo sentimiento, para hallar lenitivo a su llanto incontenido y remedio consolatorio a sus necesidades, se embarcaron y se fueron con el Ilustrísimo Prelado a Palermo, para vivir siempre a su vista, dejando

su patria y hogar, sus casas, haciendas y parientes de Puzol.

Así testimoniaba el pueblo fiel, del modo más fehaciente, el alto concepto que tenían de sus desvelos y sacrificios, para quien, justo es consignarlo una vez más, el ejemplar agustino había entregado todo su caudal en la forma más generosa y liberal que puede expresarse.

### **Resumen final**

Resumiendo todo lo dicho, queda bien probado que el Ilustrísimo Obispo agustino sobresalió como una de las lumbreras mayores de su tiempo en cualquiera de los aspectos en que se le mire; religioso ejemplar, obispo modelo, político fiel, heroico capitán, pastor celoso, limosnero munificentísimo, cuya caridad no reconocía límites para con los pobres, a quienes socorría en sus necesidades con mano generosa, apóstol de la grey y amante de su Iglesia, restaurador y fundador de suntuosos templos, que pregonan la fama y gloria de su nombre, finalmente sabio, virtuoso, diligente en el cumplimiento de sus obligaciones pastorales, y espejo diáfano en el que se pueden mirar superiores y súbditos, como ejemplar digno de imitación, por su prudencia en el gobierno, su celo en la salvación de las almas, tanto por su conducta intachable y su religiosidad de apóstol de Jesucristo.

Después de una vida intensamente laboriosa, cargado de años y de virtudes, murió en la paz del Señor, como mueren los justos, el día 15 de noviembre de 1655.

Recordaba a los siglos su memoria un suntuoso mausoleo que en honra suya se erigió en la Catedral de Palerme, sobresaliendo en la actualidad su estatua con la elocuente inscripción de su basa, que conmemora sus hechos y sus virtudes, levantada en la plaza mayor de Puzol, en testimonio perenne de su grandeza, pregonera de su gloria inmarcesible, y aún nos queda, como recuer-

do de su mausoleo perdido, el elegantísimo epitafio del preclaro agustino Arzobispo de Palermo.

## CAPITULO XIX

### **Nuevos datos**

Habíamos concluido la biografía del Arzobispo agustino, con lo expuesto hasta aquí, agotando todos los datos históricos de que disponíamos, sin perder la esperanza, claro es, de poder aumentarlos antes de su impresión, con otras notas que habíamos solicitado.

Abrigábamos la posibilidad de completar esta relación y nuestros deseos han sido cumplidos, ya que en las noticias facilitadas por Eugenio Monreale, extractadas de la obra del P. G. M. Amado, hallamos algunas de gran valor histórico, para completar esta semblanza, que ofrecemos seguidamente al lector.

Apenas había traspasado el gran Arzobispo agustino los umbrales de la eternidad, fresca la memoria con el imperecedero recuerdo de sus memorables hazañas, de sus excelsas virtudes, y sobre todo por la triste orfandad de los días subsiguientes al de su fallecimiento en que dejó sumidos a ambos cabildos, al clero secular y regular y a toda su grey, que le veneraban sin límites, fue motivo eficacísimo para que todos, movidos por idéntico impulso, intentaran perpetuar en forma indeleble sus desvelos apostólicos, después de su muerte ejemplar.

Estimulados por el nobilísimo gesto de los puzolanos, que aun en vida del ilustre Prelado consiguieron levantar, como símbolo de perenne gratitud por sus gestas heroicas, la suntuosa estatua, que preside, como apóstol y capitán, la plaza principal de la ciudad, y puesto que los de Palermo se habían dejado ganar en generosidad y lar-

guez en vida del insigne obispo, quisieron mostrar después, luego que cerró sus ojos a la luz de esta transitoria carrera, para abrirlos a la eternidad dichosa, el agradecimiento que le debían por sus caritativos cuidados de Padre y Pastor, levantando, para glorificar su memoria, un magnífico panteón dentro de la Iglesia Catedral, desde la cual había derramado, tantas veces y sobre todos, la cálida palabra de su celo apostólico, y en donde, como sabemos, dejó marcadas las huellas indelebles de su ilimitada munificencia en la exornación artística de la Iglesia Metropolitana.

### **Su monumento funerario**

Así, pues, en testimonio de que su memoria perduraba en su mente, erigieron en su honor un artístico monumento en la Capilla de Santa Lucía, que corresponde a la actual Capilla llamada de la Reliquia, para cuya ejecución fue nombrado el escultor Gaspar Guerci, que ya en vida del Prelado, había labrado las estatuas de las Santas Patronas de la ciudad, como queda dicho.

El artista protegido realizó la obra con esmero singular, para agradecer prácticamente los favores otorgados por el paternal Arzobispo. El mausoleo era de blanquísimo mármol de Carrara, sostenido por cuatro columnas de mármol sanguíneo, y en el centro, sobre un túmulo de negro mármol, se elevaba la estatua orante del Arzobispo agustino, con su rostro, humilde y magestuoso a la vez, vuelto hacia el altar, en perpetua reverencia al Todopoderoso, en reconocimiento de los favores acumulados en su persona y en acción de gracias a la Providencia Divina, que le había elevado a tan altos cargos, desempeñados con el celo apostólico de un verdadero discípulo de Jesucristo.

A uno y otro lado del sarcófago se veían la mitra y el báculo, insignias de su autoridad pastoral, y detrás, un

escudo con los emblemas nobiliarios. Debajo de la urna había otro escudo en el que se leían estas palabras:

FR. D. MARTINUS, HISPANUS, ORDINIS  
SANCTI AUGUSTINI

HIC JACET EXANIMIS GELIDO SUB MARMORE,  
SACRIS

QUI DEDIT AETERNUM VIVERE MARMORIBUS

Que en nuestra lengua quiere decir:

D. Fr. Martín, español, del Orden de San Agustín  
Aquí yace exánime bajo el frío mármol el que dió  
eterno vivir a los mármoles sagrados

Sobre el túmulo se hallaban dos ángeles, como símbolo del cuidado y protección que durante su vida tuvieron del venerable Prelado, y mensajeros fidelísimos entre el cielo y la tierra, para llevar y presentar al trono del Altísimo en doradas bandejas los méritos conquistados por la conducta ejemplar de tan ilustre religioso.

En la fachada de la base sepulcral se grabó la siguiente inscripción, que compendia en breves palabras latinas, con claridad y elocuencia su vida y sus obras, de las que es magnífico elogio:

FR. D. MARTINUS DE LEON ET CARDENAS  
VIRTUTIBUS, MERITIQUE PRAECLARUS  
IN DIOECESIBUS SUAS, PUTEOLANAM ET  
PANORMITANAM  
PERFECTA ANTISTITUM IDEA GUBERNATAS;  
IN REGEN HISPANUM, ET EJUS REGNA,  
NEAPOLITANUM ET SICULUM  
MILITARI ET POLITICO REGIMINE STRENUÉ  
ADMINISTRATA;  
IN HOC PRIMARIUM TEMPLUM, MARMORATO  
TECTORIO INSTAURATUM  
ET EJUS AREAM, STATUIS DIVUM AFFABRE  
SCULPTIS CONDECORATAM;  
IN EUCHARISTICUM SACELLUM, SUMPTUOSO  
CIBORIO DOTATUM;

IN PAUPERES, AERE SUO LARGISSIME PROFUSO  
 SUBLEVATOS;  
 AMOREM VIVUS APUD SUOS AEQUE AC  
 EXTEROS SIBI CONCILIAVIT;  
 MORTUUS DESIDERIUM SUI RELIQUIT  
 ET SUCCESSORUM AEMULATIONEM INCENDIT;  
 OBIIT 15 NOV. ANNO SAL. MDCLV

Traducido al castellano quiere decir:

D. Fr. Martín de León y Cárdenas

ilustre por sus virtudes y méritos; en vida, grangeó para sí el amor de los suyos y de los extraños; muerto, dejó el deseo de los suyos y encendió la emulación de los sucesores en sus diócesis de Puzol y de Palermo gobernadas por el ideal perfecto de un obispo; en el Rey de España y sus reinos de Nápoles y Sicilia administrados con valor en régimen político y militar; en esta catedral restaurada con hermosos mármoles y en su área con estatuas de santos diestramente esculpidas; en el tabernáculo eucarístico, dotado de suntuoso ciborio; en los pobres, socorridos con largueza por su dinero abundante; murió el 15 de noviembre año de la era cristiana 1655.

Para el lector avisado, no necesita de otros comentarios el elocuente epitafio transcrito; por sí solo compendia con exactitud en sus frases todo cuanto pudiera afirmarse de las múltiples actividades del gran Prelado ejemplar y como Padre liberalísimo de los pobres.

## CAPITULO XX

### Otras notas

Como aclaración final hacemos constar, según nos refieren estas noticias, que desde el 1781 al 1800 la Catedral

de Palermo fue completamente restaurada. Por esta causa, muchas de las tumbas de los Arzobispos fueron trasladadas al sótano de la misma e igual suerte, es de suponer, le cupo al mausoleo del Ilmo. Padre Fr. Martín de León y Cárdenas, con tan desgraciada fortuna, que en la actualidad se ignora el sitio de su emplazamiento, dentro del mencionado sótano, y no se sabe dónde está, pero es indiscutible, nos afirman, que ni en la Catedral, ni en el sótano, se encuentra urna alguna de mármol negro, ni columnas de mármol rojo, y es que, por lo que nos comunican, durante el largo período de la restauración efectuada en la Iglesia Metropolitana, muchos sarcófagos desaparecieron, entre los que puede contarse, por desgracia, el del Ilmo. P. Martín de León.

Finalmente, en el convento de S. Agustín de la ciudad de Palermo se halla una lápida sepulcral dedicada a la familia de León y Cárdenas, donde sin duda recibieron sepultura algunos de sus familiares.

### **Lo extraño de una afirmación**

El tantas veces citado P. G. M. Amado cree que el Ilmo. P. Martín de León y Cárdenas fue envenenado por haber sostenido y defendido la inmunidad eclesiástica, con el tesón y valentía de un apóstol de Cristo.

Lo precedente, según nuestro modestísimo parecer, no deja de ser una creencia sin confirmación histórica, hasta el momento, pues de haber sucedido así, es extraño no se hubieran apercibido de tamaño sacrilegio los cronistas agustinos, ni otras fuentes citadas en el curso de esta exposición biográfica, y ninguno de ellos recoge en sus páginas el hecho, execrable de ser cierto, ni aún la sospecha, máxime tratándose de tan ilustre persona, como fue siempre la del insigne Arzobispo, pues lo mismo antes que después de su elevación al episcopado, gozó de gran reputación y de fama imperecedera, por su conducta inta-

chable, por su prudencia extremada, por sus excelentes dotes de gobierno y en fin por su desusada liberalidad para con los pobres e indigentes, tanto por su largueza y munificencia derramadas en la construcción y adorno de las Iglesias de su mando pastoral, como por los altos y honoríficos cargos que desempeñó en el curso de su vida, dentro y fuera de España.

Es extraño, pues, que tratándose de tan relevante personalidad, *qui dedit æternum vivere marmoribus*, como reza el epigrafe de la lápida, no hallara eco en los historiadores de la Orden el modo violento de su muerte, de ser cierta la creencia del P. Amado, que no alega otras razones, a no ser que unos y otros, con premeditación, quieran ocultar el hecho insólito, en cuyo caso, nuestra perplejidad sube de tal forma, que no nos explicamos su silencio.

### **Conclusión**

Diremos por conclusión que el jesuita P. Cosme Scammacca tributó cálidas alabanzas al ilustre Arzobispo panormitano, las cuales no hemos logrado consultar, pero que introdujo después el historiador y poeta italiano Vicente Auria en su obra: *Storia cronológica di vicere di Sicilia dall' anno 1409*. (Palermo 1697).

Baste lo dicho para que el lector pueda formarse idea aproximada del más ilustre hijo de la villa de Archidona, pues repetimos nuevamente lo que dijimos en los preliminares de este modesto trabajo, que su persona es honra de la Religión Agustiniana, honor insigne del Episcopado español, gloria de la Iglesia y una de las más legítimas de Málaga, como religioso, como obispo y como gobernante.

### Notas Bibliográficas

Relación de las exequias que el Excelentísimo Señor Don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros, Virrey del Perú hizo en las honras de la Reina Doña Margarita de Austria (1612).

Sermón que el Padre Maestro Fray Pedro Ramírez de la Orden de S. Agustín predicó en las exequias que el Excelentísimo Señor Don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros, Virrey del Perú, hizo en la muerte de la serenísima Reyna N. S. D. Margarita de Austria. Dirigido a sv sancta memoria. Dispúsole (por mandato de su Exc.) en forma que se pudiese Imprimir, el P. Presentado Fr. Martín de León su compañero. (*Escudo con un corazón alado y atravesado con dos saetas*). Impresso con licencia, en Lima por Pedro de Merchán, 1613. 4.º de 21 hs. sin foliar en la *Relación de las exequias, etcétera*.

Éstas son las dos únicas notas, que conocemos, para la bibliografía del Excmo. P. Martín de León. La primera es totalmente suya. No hemos podido examinar directamente la *Relación*, por esta causa tampoco podemos describirla, y los repertorios bibliográficos examinados son poco explícitos, pero ha de ser su contenido histórico sumamente interesante.

La segunda en cambio es tan sólo un arreglo, pues él mismo dice: «Ha sido preciso juntar los apuntamientos que de este sermón tenía hechos (el P. Ramírez) para reducirlo a forma que se pudiese imprimir, de modo que la redacción actual es del P. León. Va agregado a la *Relación* general de las exequias, pero quizá en un principio debió circular aparte.

No queremos omitir, porque encuadra en esta nota, que con motivo de las Honras fúnebres de la Reina doña Margarita, se distinguió entre los pintores criollos el re-

ligioso lego agustino Fray Francisco Bejarano, autor de la lámina conmemorativa de las Exequias, que fue, como afirman los entendidos, el primer grabado hecho en Lima.

### **Notas finales a la biografía preinserta**

En los preliminares de este trabajo consignamos que forzosamente tenía que ser defectuoso, por ser el intento primero de una biografía de tan ilustre obispo agustino, y por la dispersión en historias y crónicas de las breves notas que sus biógrafos han trasmitido a la posteridad.

También afirmábamos que en nuestro estudio habían de encontrarse no pocas lagunas en datos y fechas, difíciles de adquirir y aun de compulsar.

Para corregir, en parte, algunas omisiones involuntarias y con el fin de esclarecer aún más, ciertos detalles biográficos, damos seguidamente otros que han llegado a nuestro poder.

En la página 218, al transcribir la partida de profesión, dábamos a su madre el nombre de Ana, que así se escribe en la citada partida, a pesar de que el P. Herrera en la *Historia del Convento de Salamanca* afirmaba que su madre se llamaba Juana.

Pues bien, la duda se ha resuelto satisfactoriamente, como veremos. En la Hoja informativa de la parroquia arciprestal de Santa Ana, núm. 23 de Archidona, diciembre, 1955, titulada «Euntes» en cuyas páginas se ha extractado nuestro trabajo con el epígrafe: *Hijos ilustres de Archidona*, dice lo siguiente:

Ningún otro documento nos podría aclarar esta contradicción, como la partida de su bautismo, que se encuentra en este archivo, tomo I, fol. 338 v.

La partida literalmente transcrita, dice así: El veinte y

seis días del mes de diciembre de mil y quinientos y ochenta y cuatro, Yo, Cristóbal de Valencia, Cura, bapticé a Martín, hijo de Alonso Ortiz y de Juana de Morales, fueron sus padrinos el doctor Hurtado y dña. María, su mujer. Enmendano, doña Juana.—Cristóbal de Valencia. Juan Estevan.—Rubricados.

Por lo que respecta al nombre en cuestión, hay en la partida las siguientes rectificaciones y aclaraciones. Primeramente, el nombre de la madre se encuentra sobrescrito y tachado, y entre renglones, Juana. El retintado dice claramente Juana, pero se ignora lo que hubiera escrito debajo, aunque parece que el nombre originariamente escrito fuese Juana, pues a través del retintado se percibe el espacio que requieren las cinco letras de la palabra Juana, y no las tres de la palabra Ana.

Al querer expresar, con más claridad, que el nombre es Juana, tacharon, en fecha posterior, la palabra retintada de Juana, y pusieron entre renglones el nombre de Juana, salvando la corrección, al final de la partida. Hay que advertir que el tachado y el retintado han sido hechos posteriormente, como ya hemos dicho, porque tiene otro tipo de letra y otra clase de tinta.

Ahora bien, hemos podido comprobar que el verdadero nombre es Juana, sin lugar a dudas, por cuanto una hermana del biografiado, llamada Inés, nacida el día 29 de julio de 1583, y cuya partida se encuentra en el mismo libro, fol. 313, dice que sus padres se llaman Alonso y Juana.

Además, en una partida todavía anterior a ésta, aparecen sus padres Alonso Ortiz y Juana de Morales, como padrinos de un bautizado.

Por otra parte, en los índices, se dice que lo mismo Martín que Inés eran hijos de Alonso y Juana.

La exposición inserta está, a nuestro juicio, clara y terminante. Tiene el valor además de aportar el asiento de la partida bautismal que nos da a conocer el día, mes

y año de su bautismo, por tanto su nacimiento no fue en 1585, como apuntábamos con bastante aproximación, sino al final de 1584.

Para poder concretar la cronología de su elevación a las distintas diócesis episcopales que regentó o para las cuales fue electo, recogemos con fin idéntico los informes que fraternalmente nos facilita el M. R. P. Graciano Montes, religioso agustino y gran aficionado a estos estudios (1).

*Año 1629.* Obispado de Trivento —vacante por promoción de Jerónimo de Costanzo al de Capua— para el P. Mtro. Martín de León, O. S. A.

*Año 1631.* Obispado de Pozzuoli —vacante por muerte de L. Gelatino— para el P. Mtro. Martín de León, O. S. A.

*Año 1650.* El 14 de enero fue promovido al obispado de Palermo —vacante por promoción de Fernando de Andrade— el P. Mtro. Martín de León, O. S. A.

---

(1) Archivo de la Embajada de España cerca de la Santa Sede. Tomo II. Índice analítico de los documentos del siglo XVII por Fr. José M. Pou y Martí (franciscano). Roma, Palacio de España. 1917.